



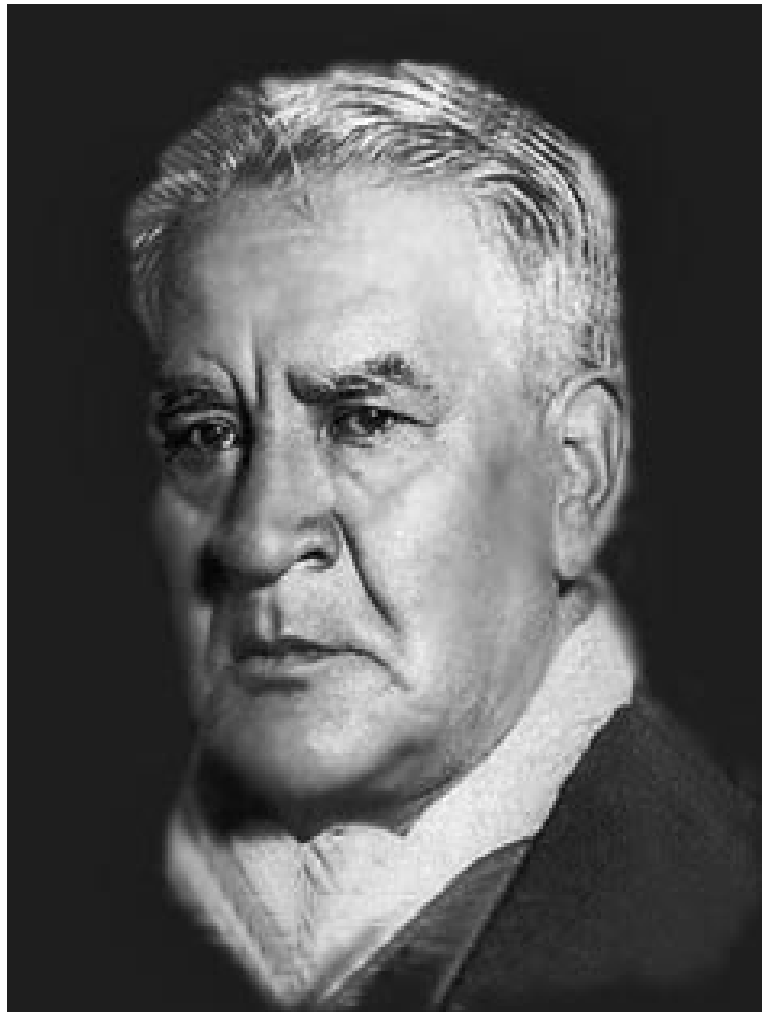
FRANZ TAMAYO, EXPRESIÓN DE LA NACIÓN OPRIMIDA

Sólo analizando la vida de Tamayo en toda su complejidad, abarcando todos sus aspectos y estudiando las raíces de sus ideas, su concatenación e interdependencia, podemos llegar a comprender su pensamiento, la coherencia que hay en sus contradicciones aparentes.

Considerado el más grande precursor del pensamiento indio de Bolivia, a través de su "Creación de la Pedagogía Nacional", grita contra los europeizantes, contra el bobarismo de su tiempo, mete el dedo en la herida. La "Pedagogía" es una incisiva crítica, aunque no alcanza a ser revolucionaria.

Tamayo se muestra a través de su obra capital y de su monumental poesía como un indigenista, pero, es, excepcionalmente un indio gamonal. El indio de su "Pedagogía" no debe pensar en la conquista de la tierra, no debe cuestionar el pongueaje, no debe desear la conquista de su libertad revolucionariamente, debe respetar el gamonalismo imperante.

Enfoca el problema del indio reduciéndolo a aspectos puramente raciales y pedagógicos; reivindica el derecho del indio a la educación, a la cultura, al progreso, ignorando que constituye fundamentalmente un problema económico-social. La cuestión indígena tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra.



Franz Tamayo

"La reivindicación indígena carece de concreción histórica mientras se mantiene en un plano filosófico o cultural. Para adquirirla -esto es para adquirir realidad, corporeidad- necesita convertirse en reivindicación económica y política.

"El socialismo nos ha enseñado a plantear el problema indígena en nuevos términos. Hemos dejado de considerarlo abstractamente como problema étnico o moral para reconocerlo concretamente como problema social, económico y político. Y entonces lo hemos sentido, por primera vez esclarecido y demarcado"

Franz Tamayo sostiene que en el indio duerme la cultura boliviana del futuro y plantea desarrollar esa posibilidad; es ya el exponente y el defensor de la dormida cultura autóctona.

“Creación de la Pedagogía Nacional” es, sobre todo, el grito de dolor de las nacionalidades indias oprimidas por la minoría blancoide (cholo) dueña del Estado. Tamayo emerge como representante de la Nación Oprimida Aymara. Ante este grito ahogado, Tamayo propone la Rebelión Nacional que consiste en crear su propio Estado en base a sus propias costumbres, fuerzas y tendencias, pero no en acabar con el gamonalismo. La nación aymara habló por boca de un gamonal.

En 1910 la república no era nada más que la propiedad de una oligarquía extranjerizante, el pensamiento genuinamente boliviano no existía.

El bastión del gamonalismo, Chuquisaca (Sucre) ofrece la burda imitación de París, con su Arco del Triunfo y su Torre Eiffel disminuidos y ridiculizados. El ideal de la “gente bien” del liberalismo es París. La gente “culto”, la “intelligentzia”, habla y piensa en francés. El verbo desafiante de Tamayo fue relámpago que rasgó ese cielo apacible.

FRANZ TAMAYO: FAMILIA, INFANCIA, JUVENTUD

Franz Tamayo nació en La Paz el 26 de febrero de 1879. Sus padres fueron el escritor y político Isaac Tamayo y Felicidad Solares. Sobre el origen de la familia Tamayo se sabe muy poco, y los datos que se han podido recoger han sido tomados de expresiones vertidas por el propio poeta. Se dice que los Tamayos provienen del Perú pero también encontramos Tamayos de alto nivel intelectual en España, como el humanista Tomás Tamayo de Vargas, de quien se cree que fue el autor de las “Anotaciones de Garcilazo”. Otro fue Luis Tamayo, líder político del Ecuador, presidente durante el período de 1920 a 1924. Y en México tenemos a Rufino Tamayo como uno de los pintores más destacados.

Orgullosa y defensor de la nobleza de sangre india de sus antecesores, nos dice:

“Fueron Caciques, (léase príncipes indios) ennoblecidos con la nobleza española por el emperador Carlos V en el siglo XVI. Mi padre muy joven y en la casa paterna, tuvo en sus manos el expediente nobiliario en cuya cubierta estaba delineada la mano del monarca. Somos marqueses de Villa Hermosa de San José de Moquegua. En la Biblioteca Municipal de La Paz existe un nobiliario del Perú Colonial, impreso en Lima, a manera de becerro tumbo, donde están las pragmáticas y privilegios de mi familia. Somos pues sangre india ennoblecida por España”.

Su padre fue lo más representativo de la clase terrateniente paceña, propietario de varios latifundios entre ellos Quena Amaya, quizá la más extensa de 200.000 hectáreas. Perteneció a la generación del 80 y le tocó vivir la conmoción de la guerra del Pacífico en la que Bolivia pierde su extenso litoral de 120.000 kilómetros cuadrados. Como colaborador de Melgarejo, aparentemente se benefició de la Ley del 28 de septiembre de 1868 que dispuso la subasta pública de las comunidades indígenas. Conspiró con Quintín Quevedo y actuó en la Constituyente de 1879. Estuvo en Europa y retornó con el triunfo de los liberales que llegaron al poder bajo la máscara de la “Revolución Federal”.

Falleció el 8 de agosto de 1914. Poco tiempo antes había publicado su libro “Habla Melgarejo”, que lo firmó con el seudónimo de Thajmara; se trata de una defensa del gobierno de Melgarejo y la reivindicación del indio aymara, como el núcleo fundamental de la nacionalidad, lo que para esa época y dado el racismo anti-indigenista que profesaban las clases dominantes, constituía una herejía.

Orgullosa y defensor de la nobleza de sangre india de sus antecesores, nos dice:

Respecto a su madre hay muy pocas referencias, de ella nos dice Franz Tamayo: “Por la línea materna en mi raza y en mi sangre no hay birlochaje. Todas las virtudes de la antigua mujer americana, aureoladas ya por la luz del cristianismo, resplandecen sobre la india soberbia que era mi madre. Nada de birlochaje anfibio; dudoso y delincuente. El ejemplar humano hecho como de un martillazo por la naturaleza genial y demonial, íntegro, perfecto. En mi madre por ningún lado aparece el mestizo, el híbrido ni la mula. Sobre la frente de mi madre resplandece aquella misma majestad no de siglos sino de milenios que sobrecoge a todos cuantos contemplan por un instante Palenque o Tiahuanacu... Y yo, el hombre difamado de siempre, al contemplar el flujo milenario de las sangres me pregunto como en sueños;

¿cuántos de mis abuelos auténticos fueron los arquitectos de Huiñaymarca, la ciudad eterna, o cuántos los Ramsés o Sesostris del gigantesco imperio, quiero decir los Tamayo de hace cuatro mil años? Y aquí una vez y para siempre en mis venas y gracias a mi madre, no hay una gota de birlochaje putrefacto” .

Es indudable la gran influencia de Isaac Tamayo sobre su hijo, a quien dio, desde temprana edad, una íntegra y sólida formación. Realizó sus estudios en Europa. Hablaba cinco idiomas, “recibió la influencia de Victor Hugo, en Filosofía estudió profundamente a Kant, Schopenhauer, Nietzsche, Goethe. Pero por encima de todo, para él estaba lo griego, sentía admiración profunda por Homero y los latinos Horacio y Virgilio.

Después de permanecer tres años en Europa, retornó casado con una joven francesa, Blanca Bouyon, de la cual se separa después de cinco años de convivencia. Difícil fue para ella llegar a comprender a la pequeña sociedad paceña en la que convivían siervos y hacendados.

En 1909, Tamayo conoce a Luisa Galindo con la cual llega a tener 15 hijos. Ella se dedicaba a la administración de sus propiedades y mantenía así la economía de la familia y la educación de sus hijos. En 1910, cuando escribe sus cincuenta y cinco editoriales en “El Diario” que posteriormente van a conformar su libro “Creación de la Pedagogía Nacional” considerada una de las obras capitales de la literatura boliviana en el Siglo XX, cuenta con treinta y un años de edad. Este libro fundamental tiene su historia. Escrito el tercer editorial le sale al paso, desde las columnas de “La Epoca” y bajo el seudónimo de Leopoldo Segal, Felipe Segundo Guzmán, quien escribe veintidos artículos reunidos en su libro “El Problema Pedagógico en Bolivia”.

Siempre siguiendo a Tamayo, diremos que la instrucción primaria se limita a ser sinónimo de destrucción del analfabetismo. Su objetivo es enseñar a leer, escribir y contar. Su producto es el cholo.

“¿Qué hace el Estado por el cholo? Contribuye a mantener en él vicios de carácter social y político; sin habilitarle, por otro lado, para que aproveche de las ventajas que comporta el saber leer y escribir.

“¿Qué hace el cholo por el Estado? Nada. Socialmente parasitario, políticamente, un logrero, resorte de las revoluciones, económicamente su exponente es bajísimo: el cholo recibe más de lo que da.

“¿Qué hace el indio por el Estado? Todo. Se autoabastece y produce bajo cualquier forma agrícola, minera, manual. Constituye la mayoría de la nación oprimida.

“¿Que hace el Estado por el indio? Nada. Aplica el rencor suicida. Pretende una educación primaria desconociendo su lengua materna, con el objetivo de despersonalizarlo e hispanizarlo. Porque el alfabeto no es sólo la letra, el signo, el alfabeto es idioma y el idioma es flor y nata de una cultura. Cuando se pretende alfabetizar al indio con otro idioma, se quiere despersonalizar, se quiere hacer un trasplante cerebral” .

Tamayo sostiene que el indio vive en permanente “exilio ideal”; Trata con todos, comercia, se roza con las leyes, con los hombres pero en el fondo y a pesar de su aparente comunicación, está totalmente incomunicado. ¿Y qué sucede cuando el indio pasa por la instrucción primaria? “se desmoraliza y se corrompe al aproximarse a vosotros, a vuestra civilización a vuestras costumbres, a vuestros prejuicios, y de honesto labrador o minero, pretende ya ser empleado público, es decir parásito nacional. Y su nuevo ideal es ser ministro, coronel u obispo; y como no todos pueden serlo nace allí el hormiguero de sentimientos envenenados, la envidia insomne y la ambición insatisfecha...”.

G. Lora